

## Observadores de gabinete, lenguas indígenas y "tecnología de papel". El archivo de trabajo de Samuel A. Lafone Quevedo

Máximo Farro

*Archivo Histórico del Museo de La Plata*  
*Universidad Nacional de La Plata - CONICET*

### Resumen

En esta ponencia, a partir del proceso de identificación y clasificación de los manuscritos que constituyeron su archivo personal, se describen someramente los métodos de trabajo, las prácticas de recolección de la información y el proceso de construcción crítica de la evidencia llevadas a cabo por Samuel A. Lafone Quevedo para las clasificaciones de "etnografía lingüística" de los grupos indígenas de América del Sur. Para ello, proponemos entender al gabinete mismo como un "espacio de observación" donde Lafone desarrolló una "tecnología de papel" de carácter flexible, formando un acervo para las clasificaciones lingüísticas que facilitó la combinación crítica de la información extraída de vocabularios, manuscritos, informantes, obras de viajeros y los datos enviados por corresponsales.

SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO – ETNOGRAFÍA LINGÜÍSTICA – ARCHIVOS DE TRABAJO –  
TECNOLOGÍA DE PAPEL – TÉCNICAS CULTURALES

### Introducción

Esta ponencia se enmarca en el trabajo de identificación, recuperación, descripción y catalogación de los manuscritos y papeles personales de Samuel Alexander Lafone Quevedo (1835-1920) que estamos desarrollando en el Archivo Histórico del Museo de La Plata. Señalemos brevemente que Lafone Quevedo era un empresario minero nacido en Montevideo, residente en la provincia de Catamarca y miembro de una influyente familia de comerciantes británicos (Lafone-Ellison) y peninsulares (Alsina-Quevedo) radicadas en el Río de la Plata desde fines del siglo XVIII e inicios del XIX. Entre 1848 y 1857 Samuel estudió en Liverpool y en el *Saint John's College, Cambridge University* donde obtuvo el título de bachiller en humanidades (*Magister Artium*), especializándose en estudios de filología. De regreso al Río de la Plata en 1860 se hizo cargo de los negocios familiares ligados a la explotación del cobre, plata y oro en el departamento de Andalgalá, en el oeste catamarqueño. En los ratos de ocio que le dejaba la administración de los negocios, Samuel se dedicaba a la lectura de obras referidas a la historia americana y, a la manera de los anticuarios que había conocido durante sus años de formación en Inglaterra, recolectaba piezas de arqueología, visitaba "antiguallas" (ruinas), compulsaba información en los archivos provinciales y recorría los valles "con la obra de Lozano en la mano"<sup>1</sup> registrando testimonios y vocabularios de los habitantes locales, con el objeto de estudiar los cambios históricos ocurridos en la toponimia de Catamarca y Tucumán. En esa época se relacionó con los círculos de sociabilidad que gravitaban alrededor de la figura del general Bartolomé Mitre, un conocido de la familia desde los años de exilio en Montevideo, con quien aquel compartía su afición por el estudio de las lenguas americanas, vinculándose al *Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades* (1872), a la *Sociedad Científica Argentina* como socio corresponsal en Catamarca en 1876, y con los estudiosos "americanistas" Andrés Lamas y Manuel Trelles y con Francisco P. Moreno, quién años más tarde, en 1890, lo nombró como encargado honorario de la "Sección de Arqueología y Lenguas

---

<sup>1</sup> La referencia es a la obra del padre Pedro Lozano *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, editada por Andrés Lamas en cinco volúmenes impresos en la Imprenta Popular de Buenos Aires entre 1873 y 1875.

Americanas” del Museo de La Plata, cargo que ejerció como corresponsal, sin moverse de su lugar de residencia. Con la renuncia de Moreno a la dirección del Museo, en ocasión de su incorporación a la administración de la flamante Universidad Nacional de La Plata, en 1906, Lafone ejerció como director hasta su muerte, en el año 1920, legando sus colecciones arqueológicas, parte de su biblioteca particular y sus papeles de trabajo. Acumulados y entreverados durante años en el contexto de una colección general de manuscritos en la Biblioteca de esa institución, desde siempre disponibles a la consulta pública con un inventario muy somero y deficiente, la descripción de esos manuscritos está siendo ingresada en una base de datos diseñada al efecto, añadiendo a la escueta información inicial descriptores referidos a fechas y lugares (probables) de producción, la autoría, la identificación de mediadores en forma de escribientes, correctores y traductores a partir del registro comparativo de las distintas caligrafías que encuentran en la correspondencia general de la Secretaría y Dirección del Museo en el período 1906-1920 y, en todos los casos en que se puede establecer, el cotejo de ese corpus con las versiones que fueron efectivamente publicadas por Lafone Quevedo en forma de libros, vocabularios, artículos en publicaciones científicas, sueltos en la prensa periódica y conferencias. Asimismo, este trabajo se inserta en un proyecto de investigación en curso que estudia la cultura material (manuscritos, fotografías, objetos) de la antropología a fines del siglo XIX en la Argentina a partir del análisis de las contingencias que regulan el proceso de formación y uso de colecciones, considerando la trayectoria seguida por estas a lo largo del tiempo, prestando especial atención al conjunto de prácticas y de redes de relaciones en las que, en tanto series de objetos concretos, las mismas se encuentran inmersas (cf. Farro 2009, 2011, 2012, 2013, 2014).

### **Observadores de gabinete**

En el caso de la historia de las prácticas y métodos de sistematización de la información y de los datos en el campo de lo que se dio en llamar “etnografía lingüística” en el último tercio del siglo XIX, el trabajo a partir de fuentes manuscritas implica, en primer lugar, el desafío de trascender la idea del libro impreso como único medio que, en tanto forma de inscripción percibida como acabada, estable, estandarizada y homogénea, brinda las condiciones de posibilidad para la difusión de las ideas y el conocimiento. Si bien a primera vista la reconstrucción de estas prácticas de inscripción, en muchos casos altamente personales e idiosincráticas, nos conduciría en cierta forma a recuperar la idea del “autor”, se trataría de un tipo distinto al autor individual, más cercano a un autor colectivo: a diferencia de la obra impresa, muchos manuscritos resultantes del proceso de investigación suelen portar las marcas, glosas, correcciones, enmiendas y observaciones producto del intercambio de los mismos entre distintos estudiosos mancomunados por el interés común, generalmente acompañados por una copiosa correspondencia, que muestran el complejo y sutil proceso (previo a la impresión definitiva) de circulación y cooperación del que son producto (Yale 2011). Desde este punto de vista, los papeles de trabajo de Lafone Quevedo que estamos sistematizando para mejorar las consultas en el Archivo Histórico del Museo de La Plata, portan las marcas de esos intercambios de datos e ideas entre estudiosos como Bartolomé Mitre, Andrés Lamas, Lucien Adam o Giovanni Pelleschi y también las intervenciones de distintos mediadores que, a la manera de los técnicos y asistentes en los espacios de producción de conocimiento estudiados por Steven Shapin, han permanecido “invisibles”, como son los informantes, escribientes, transcripores y traductores contratados al efecto por Lafone para asistirlo en su empresa compiladora.

En segundo lugar, proponemos entender al gabinete mismo como un “espacio de observación”: recordemos que, a pesar de contar en la primera mitad del siglo XX con practicantes de gabinete tan conspicuos e influyentes como James Frazer (1854-1941) y Marcel Mauss (1872-1950), desde la década de 1920, con la amplia difusión del metodología desarrollada por Bronislaw Malinowski, que colocaba a la técnica de observación participante y al “campo” no solo como rasgo

de identidad fundacional de la disciplina, como *tour de force* y rito de pasaje, sino como el espacio privilegiado para la reflexión crítica (Gupta y Ferguson 1997) se consolidó una imagen peyorativa y caricaturizada —muy similar a la que los arqueólogos “profesionales” universitarios comenzaron a esbozar en el último cuarto del siglo XIX de los “anticuarios” aficionados de provincia— de aquellos estudiosos que se ceñían a la compilación y comparación de datos en la comodidad apoltronada del estudio, denominándolos como “*armchair anthropologists*”. De ese modo, las prácticas y métodos de trabajo de estos estudiosos, materializadas en series de manuscritos, libretas y redes de correspondencia quedaron sepultadas bajo el peso del creciente prestigio del trabajo de campo consolidado como santo y seña de la práctica profesional, pasando entonces los trabajos de todos aquellos practicantes de gabinete a formar parte de la prehistoria disciplinar, asociada a la difusión y consolidación del evolucionismo y enmarcada dentro de lo que se ha dado en llamar “etnografía epistolar” (Stocking 1995). Cuando la misma producción escrita de los antropólogos comenzó a ser objeto de indagación, salvo excepciones (cf. Sanjek 1990), el análisis de la dimensión textual de la práctica etnográfica enfatizó particularmente en el proceso de construcción de la autoridad, su relación con los mecanismos de la ficción literaria, los criterios de verdad, las relaciones de poder y el problema de la reflexividad (Marcus y Fischer 1986, Clifford y Marcus 1986). En sintonía con trabajos recientes referidos a la historia cultural de la observación entendida en sentido amplio y en la larga duración histórica, esto es, como una práctica que abarca tanto una técnica de trabajo regida por la inspección ocular como una técnica para registrar y organizar las observaciones (Daston y Lünbeck 2011) y, en especial, con la definición de “observadores de gabinete” (Maas 2011), proponemos entender el espacio de trabajo que Lafone Quevedo había montado en su lugar de residencia en Catamarca como un lugar donde se llevan a cabo prácticas eruditas de crítica interna y externa de manuscritos del siglo XVI, extracción de datos de fuentes bibliográficas como las obras de viajeros, la corroboración de la información en fuentes cartográficas antiguas y modernas que eran leídas no solamente como “textos” sino visualmente para observar los desplazamientos territoriales de los grupos indígenas a lo largo del tiempo, y la compulsión de todo eso con los datos que *simultáneamente* enviaban los corresponsales desde el campo describiendo la ubicación geográfica y la relación entre los distintos grupos en ese momento (Farro 2013). Ese espacio, consolidado con una frondosa biblioteca formada por las más importantes publicaciones de filología, lingüística e historia americana y por las publicaciones periódicas en antropología más significativas del momento, se constituyó en una suerte de nodo de acumulación de la información y producción de datos, articulando en ese punto una densa red de corresponsales residentes en Buenos Aires, Córdoba, Salta, Jujuy, Corrientes, Chaco, Paraguay, Tarija (Bolivia), Washington, París, Berlín, Londres, Cambridge y Liverpool, entre otros. Muchos de estos colaboradores no sólo enviaban libros y folletos en canje, también proveían espacios de publicación, transcripciones de vocabularios depositados en bibliotecas y archivos de difícil acceso (como los de las órdenes religiosas), y en algunos casos actuaban como compiladores de información en el campo, guiados y calibrados como si fueran instrumentos de observación por medio de instrucciones que Lafone diseñó al efecto y enviaba por correo, junto con croquis calcados que mostraban la ubicación de los grupos indígenas en el Chaco y el Paraguay, extraídos de obras como la del misionero jesuita José Jolís (*Saggio sulla storia naturale della provincia del Gran Chaco*, 1789) para que el viajero pudiera comparar *in situ* las ubicaciones de ese momento con las que esos grupos tenían en el pasado (Farro 2013).

Este conjunto de prácticas y operaciones de carácter erudito dejó como correlato un apreciable corpus de papeles de trabajo en forma de borradores, fichas de lectura, cuadernillos con vocabularios, traducciones, tablas con clasificaciones lingüísticas, carpetas con recortes de periódicos organizados por tema, correspondencia y manuscritos de otros estudiosos, un conjunto que, visto globalmente, refleja también los medios técnicos o herramientas disponibles para el trabajo cotidiano. En ese sentido, como en el caso de la fotografía antropológica que hemos tratado en otra parte (cf. Farro 2012) se trata de no asumir *a priori* la “transparencia” del medio como un mero espacio de representación (en este caso textual), que consumimos en busca de significados, y

de observar de manera complementaria los indicios de prácticas que se pueden inferir del sustrato de papel entendido no como un medio neutro, sino en su dimensión tecnológica y material, esto es, en su carácter instrumental en los procesos de extracción, compilación y comparación de la información y de los datos. Se pueden inferir así las posibilidades concretas de uso de esta “tecnología de papel” como una herramienta heurística para los estudios de la “etnografía lingüística” de la Argentina, tal como entendían en el siglo XIX este campo de estudio Lafone Quevedo, Mitre, Lamas, Juan María Gutiérrez, Vicente Quesada, Vicente Fidel López e inclusive Pedro de Angelis: como una “ciencia de las naciones”, de carácter inductivo, circunscripta no solo al campo de la naciente “antropología” sino antes bien al de la historia y al de la geografía, y materializada con el correr del tiempo en las obras de José Hervás y Panduro (1784, 1800-1805), Johann Ch. Adelung y Johann S. Vater (1806-1817), Adriano Balbi (1826) y Víctor A. Malte Brun (1847), donde las lenguas constituyeron uno de los “hilos de Ariadna” que posibilitaban internarse en el laberinto de los grupos indígenas del pasado y sus sucesivos desplazamientos geográficos.

### **Tecnología de papel**

Para este proyecto, nos inspiramos en los trabajos de historia de la ciencia de las últimas décadas, donde el laboratorio se constituyó en uno de los espacios de estudio e indagación privilegiados, con detalladas microhistorias acerca de las “culturas experimentales” y la relación entre actores, tecnologías, prácticas, instrumentos y los objetos llamados “epistémicos” (Latour 1990, Rheinberger 1997). En ese contexto, uno de los aspectos que han recibido creciente atención ha sido el de la historia de las prácticas sobre el papel y los procedimientos formales de inscripción (Lenoir 1998: 1-19) o notación —escritura, dibujo, esquemas, sistemas de toma de notas, subrayados— y los métodos y técnicas de representación asociados a ellas, entendidas como “técnicas culturales”. Allí, el sustrato papel es entendido como una herramienta tecnológica en los procesos producción de conocimiento, actuando a la manera de los instrumentos: como un dispositivo material que puede ser manipulado de acuerdo a objetivos específicos (Klein 2001, Holmes, Renn y Rheinberger 2003, Chemla 2004, te Hessen 2005, Hoffmann y Wittmann 2013). Esta tecnología de papel tendría una sintaxis propia, caracterizada por formas visuales particulares, su maniobrabilidad y sus reglas de construcción y combinación que, al ser puestas en uso, pueden alterar los objetivos planteados en un principio abriendo nuevos problemas e interrogantes en la investigación (Klein 2003: 23-40, 231-248). En otra parte hemos trabajado en detalle sobre esta suerte de dialéctica entre las herramientas y los objetivos de trabajo, a partir de los métodos desarrollados en el papel por Lafone Quevedo en su estudio o gabinete para el estudio de las lenguas indígenas de la Argentina (Farro 2013). Recordemos brevemente aquí que hacia comienzos de la década de 1890 este estudioso había comenzado a bosquejar un esquema de clasificación basándose en un rasgo gramatical específico que estaba asociado a una forma particular de aglutinación que para él era propia del continente americano, como son las partículas pronominales y sus formas de articulación tanto con los verbos como con los nombres. La recolección de evidencia para fundamentar este esquema clasificatorio implicó un riguroso proceso de extracción, registro y organización de los datos a partir de un corpus de manuscritos y de vocabularios impresos con el objeto de convertirlos en series útiles para el trabajo de comparación de las formas de colocación de las partículas pronominales entre las distintas lenguas y dialectos. Fue en ese proceso recurrente de registro y experimentación con las hojas de papel, en formato maniobrable e intercambiable, generalmente con dos columnas, donde Lafone pudo apreciar visualmente la importancia de las partículas pronominales y sus mecanismos de aglutinación en las lenguas indígenas del Chaco, desarrollando entonces, a partir de esa dialéctica entre las herramientas de papel y los objetivos de investigación, todo un nuevo esquema de clasificación de las lenguas indígenas de América del Sur que surgió precisamente de la comparación entre ellas facilitada por la plasticidad que el medio técnico diseñado por él le ofrecía. Con la ayuda de un escribiente, Ramón Martínez, Lafone organizó así una colección con

transcripciones de vocabularios formada por cuadernillos donde se ordenaban alfabéticamente las entradas, asentando en una columna los vocablos en idioma indígena y en una columna contigua sus equivalentes en castellano. Según se puede deducir de su colección de manuscritos el método de trabajo utilizado para la organización y posterior comparación de los datos consistía en transcribir los listados de vocablos en una serie de cuadernillos de 18 por 24 centímetros, que se obtenían de recortar en forma transversal, por el medio o en tres partes, unos pliegos de papel rayado. Si bien cada cuadernillo contaba con unas 12 o 16 carillas utilizables, para evitar las confusiones generadas por la mezcla de pliegos Lafone y Martínez escribían sobre 6 u 8 de ellas, organizando alfabéticamente las entradas y asentando en una columna los vocablos en idioma indígena y en una columna contigua sus equivalentes en castellano. Cada cuadernillo llevaba inscripto en su margen superior una sigla, a veces abreviada, que refería el idioma del que se trataba, junto con un número que refería el orden sucesivo dentro del conjunto. Una vez finalizado el vocabulario se reunían todos los cuadernillos y se los almacenaba formando así un paquete cerrado, atado con hilo sisal. Organizados de este modo, los vocabularios compilados y los manuscritos en general no sólo eran fáciles de manejar, transportar y de almacenar —fundamental para el caso de Lafone ya que desde 1898 viajaba permanentemente en tren entre tres espacios de trabajo con sus respectivas bibliotecas, en Catamarca, Buenos Aires y La Plata— sino que facilitaban tanto el trabajo de transcripción como el de comparación posterior entre las distintas lenguas. En el primer caso, al estar sueltos los cuadernillos eran fácilmente reemplazables si se cometían errores de transcripción o si aparecían nuevos vocablos, los que podían agregarse rápidamente desechando solamente el cuadernillo correspondiente sin alterar el conjunto. En el segundo caso, podían extraerse de cada paquete referido a cada lengua los cuadernillos, por ejemplo, correspondientes a la letra “A” y cotejar las diferencias y similitudes entre vocablos colocando los cuadernillos uno al lado del otro. Incluso estos cuadernillos tienen marcas que indican que fueron doblados por la línea media que separaba las dos columnas, lo que sugiere que al colocarlos así doblados al lado de las columnas correlativas de otros cuadernillos permitirían de manera ágil tanto la comparación entre cuadernillos referidos a una misma lengua, como a los pertenecientes a lenguas distintas. Para perfeccionar este sistema de comparación Lafone Quevedo realizó para cada lengua versiones de los mismos cuadernillos siguiendo el orden alfabético pero invirtiendo el orden expositivo, consignando en primer lugar la columna correspondiente a los vocablos indígenas y en la segunda sus equivalentes en castellano para facilitar así la comparación entre raíces. Dada la importancia preponderante que él le asignaba por su valor clasificatorio a las partículas pronominales y a sus formas de articulación en el establecimiento de los “mecanismos gramaticales”, las colocaba en la primera hoja del primer cuadernillo antes de las listas léxicas ordenadas alfabéticamente (Lafone Quevedo 1896: 332). Una vez finalizados y corregidos los cuadernillos con los vocabularios, la información era transcrita y pasada a limpio en cuadernos generalmente cuadriculados, que las librerías comerciales ofrecían para uso escolar, para la última revisión. Por último, todo era pasado a una serie de libros encuadernados, tamaño *in octavo*, compuestos también de hojas cuadriculadas, donde adquiriría un formato fijo y definitivo, listo para enviar a la imprenta para su publicación definitiva.

Como ya hemos sugerido a modo de hipótesis, un aspecto que muy probablemente haya influido en esta habilidad para la construcción y organización de los datos es la aplicación del conocimiento tácito derivado de las prácticas comerciales que constituyeron su ocupación principal hasta los primeros años del siglo XX, llevando el movimiento contable cotidiano de su empresa minera y manejando las remesas con los bancos de Buenos Aires, Montevideo, Liverpool y Londres (Farro 2013, 2014). Señalemos aquí que las convenciones formales de la teneduría de los libros contables utilizados en el ámbito del comercio han sido consideradas como un modelo de toma de notas y registro general de la información que influyó notablemente en el trabajo intelectual desde la modernidad temprana (Blair 2010), donde el registro de los movimientos comerciales cotidianos y su organización en estos libros con cuadros de doble entrada [*double-entry bookkeeping*], en tanto *sistema de escritura*, tuvieron un efecto amplio, de carácter epistemológico, que habría excedido el estrecho ámbito de las operaciones de transcripción y cálculo económico, consolidando así una

imagen de rigurosidad formal y precisión que se habría extendido finalmente hacia todos los dominios del conocimiento. Lafone Quevedo atribuía precisamente a esta suerte de “arte de la tabulación” las conclusiones y descubrimientos más importantes que había realizado con respecto a los distintos mecanismos de aglutinación de las partículas pronominales en las lenguas del Chaco. Más aún, como se puede observar en sus manuscritos, el registro y sistematización de las listas léxicas para su *Tesoro de Catamarqueñismos* que compilaba los términos utilizados en esa región y su adscripción a las lenguas Quecha y Cacana, se encuentran inscritas en el mismo tipo de hojas que utilizaba para los movimientos contables de su empresa (de las que sobreviven algunas en los registros de Contaduría del Museo de La Plata), con distintas columnas, en este caso no utilizadas para registrar el “debe” y el “haber”, sino con los términos, sus raíces, su probable adscripción lingüística y los nombres de lugar a los que hacían referencia.

### **Observaciones finales**

En esta ponencia, a partir del caso de Lafone Quevedo y la sistematización de su archivo de trabajo que estamos llevando adelante, hemos señalado las posibilidades que abren a la investigación las colecciones de manuscritos que formaron los archivos de trabajo de los estudiosos dedicados a la “etnografía lingüística” en la Argentina del siglo XIX. Por un lado, la noción del papel como una herramienta de carácter tecnológico y, por otro, del gabinete de trabajo como un espacio de observación y nodo de acumulación de la información recibida de los corresponsales y centro de elaboración de datos lingüísticos, permite reconstruir los métodos y técnicas de trabajo, enmarcados en una dialéctica entre las herramientas disponibles y los objetivos planteados. Este enfoque basado en la reconstrucción de las prácticas de inscripción y de la cooperación entre estudiosos mancomunados por un interés común, privilegia una visión dinámica en los procesos históricos de generación de conocimiento, señalando las limitaciones resultantes de trabajar exclusivamente a partir de las obras editadas partiendo de la recepción de ideas en forma de diversos “-ismos” (cf. discusión en Secord 2004). En el caso de Lafone Quevedo, el corpus de sus manuscritos puede ser leído de manera cruzada con los ejemplares que componen su biblioteca personal (hoy en el Museo de La Plata) que muestran, además del repertorio fechado de lecturas, una serie de subrayados y *marginalia* que permiten reconstruir sus modos de leer y las influencias teóricas recibidas. Como hemos mostrado recientemente a partir de la sistematización de algunas de esas notas de lectura esbozadas en los márgenes (Farro 2014), en contraposición a las visiones consolidadas por algunos trabajos sobre historia de la lingüística en la Argentina donde los estudiosos de esa época son concebidos como parte de una etapa “liminar”, de aficionados sin teorías ni sistema de trabajo alguno definido, estos indicios en el papel permiten descubrir las adaptaciones que Lafone realizó de los manuales de la tradición anticuaria británica que indagaban en los nombres de lugar [“place-names”] para estudiar la toponimia histórica indígena en la región de Catamarca, y la utilización de conceptos desarrollados por Adolphe Pictet [“paleontología lingüística”] y Friedrich Max Müller [el “método biográfico” para el estudio etimológico de los vocablos], pensando así las tradiciones locales con voluntad teórica cosmopolita. En estos momentos estamos trabajando en un estudio comparado entre la “tecnología de papel” desarrollada por Lafone, que hemos descripto muy sucintamente aquí, con aquella producida por Bartolomé Mitre en esos mismos años para el estudio de las lenguas indígenas americanas. Es precisamente este último corpus y su proceso de producción y edición el que nos lleva a no ceñirnos con exclusividad a la obra en el formato final, estable, del objeto-libro: el mismo consiste en fichas de lectura a modo de *dossier*, una por cada obra de la “Sección Lenguas Americanas” de su biblioteca, formadas por sobres o legajos que portan una ficha en cartulina impresa con la descripción y ubicación topográfica, acompañados generalmente de cuadernillos manuscritos, en hojas lisas o rayadas, donde Mitre hacía una síntesis detallada del contenido de cada obra, almacenando en ocasiones correspondencia referida a la misma, recortes de periódicos o recortes de los avisos clasificados de los catálogos de las librerías

de anticuaria en Europa donde las adquiría. Al analizarlas a simple vista se hacen evidentes no sólo los modos de leer y extraer información de Mitre sino también las prácticas que rodean a la bibliofilia, marcadas por un conocimiento acabado de las sucesivas ediciones, la historia de cada obra y sus diferentes traducciones, la cadena de relaciones que las unen con otras piezas de la colección, el registro de las transacciones comerciales para adquirirlas, así como las variaciones en el valor de compra de acuerdo a la demanda y la participación activa en el mercado nacional e internacional de la compra-venta.<sup>2</sup> A diferencia de los cuadernillos desarrollados por Lafone, que se referían a cada lengua, compilando en cada uno la información de distintos tipos de fuentes para establecer las posibles relaciones no solo entre las listas léxicas sino entre los mecanismos gramaticales de cada una de ellas a partir de las formas de articulación de las partículas pronominales, en las fichas de lectura de Mitre la obra a la que refieren no pierde su identidad, conteniendo un resumen detallado del contenido de cada libro individual. En algunos casos de obras importantes, como las de Alcides d'Orbigny o el *Mithridates* de Adelung y Vater, Mitre usaba cuadernos especiales de tapa dura, donde extraía detalladamente el contenido de cada tomo, con cuadros y tablas clasificatorias diseñadas por él, teniendo así esa referencia en formato portátil en su escritorio a la hora de confeccionar otras fichas en las que hubiera que hacer referencia a esas obras. En ese sentido, la enorme colección de fichas de lectura (algunas de ellas inacabadas) organizada siguiendo estrictos principios bibliográficos extraídos de manuales europeos, no fue concebida por Mitre para ser publicada, sino como un archivo de trabajo personal en forma de catálogo, para la confección de una obra referida a la etnografía del Río de la Plata al momento de la conquista, que nunca finalizó y de la que se conocen solamente los índices. La edición póstuma realizada por el Museo Mitre (1909) a cargo de Luis María Torres, en tres lujosos tomos, le da la pátina de *opus magnum* monumental, ocultando así los propósitos para los que fue concebida y haciendo invisible la trama sutil de indicios sobre los métodos de trabajo que nos provee el análisis de los manuscritos originales y las condiciones de posibilidad que brindan para realizar estudios comparativos con aquellos seguidos por otros estudiosos. Para finalizar, en relación con esto último señalamos que estos dos corpus pueden ser definidos como “máquinas de papel” (*sensu* Krajewski 2011) formadas por partes móviles, almacenables y descartables, concebidas para cumplir objetivos de investigación específicos, y cuyos indicios de operaciones y prácticas de selección, compilación y organización de la información y de los datos —un suerte de *ars excerpti* codificado de acuerdo a parámetros idiosincráticos— nos permiten observar el proceso de trabajo de sus creadores.

## Bibliografía

Blair, Anne (2010). *Too Much to Know. Managing Scholarly Information before the Modern Age*, New Haven, Yale University Press.

Chemla, Karine (2004). “History of Science, History of Text: an Introduction”. Chemla, Karine (ed.). *History of Science, History of Text*, Netherlands, Springer, vii-xxvii.

Clifford, James y George E. Marcus (1986). *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*, Berkeley, University of California Press.

Daston, Lorraine y Elizabeth Lünbeck (2011). “Observation Observed”. Daston, Lorraine y Elizabeth Lünbeck (eds.) *Histories of Scientific Observation*, Chicago, University of Chicago Press, 1-9.

---

<sup>2</sup> Para la idea de los “técnicos invisibles” como mediadores en los procesos de producción de conocimiento, véase Shapin (1989). El archivo abunda en estas manifestaciones del coleccionismo de libros: libretas de bolsillo con el registro minucioso de los remates de bibliotecas particulares en el Río de la Plata, los precios pedidos y los finalmente obitados, y también en numerosos catálogos de las más importantes librerías de anticuaria, de los que recortaba los avisos de cada obra a comprar, colocándolos en un sobre y, en caso de adquirirlas se pegaba en una hoja de papel o una libreta.

- Farro, Máximo (2009). *La formación del Museo de La Plata. Coleccionistas, comerciantes, estudiosos y naturalistas viajeros a fines del siglo XIX*, Rosario, Prohistoria ediciones.
- Farro, Máximo (2011). "Colecciones de cráneos, fotografías y manuscritos en el desarrollo de la antropología física y de la etnografía lingüística en la Argentina de fines del siglo XIX". Lopes, María Margaret y Alda Heizer (Orgs.). *Coleccionismos, prácticas de campo e representações*, Campina Grande, EDUEPB, 93-104.
- Farro, Máximo (2012). "Imágenes de cráneos, retratos antropológicos y tipologías raciales. Los usos de las primeras colecciones de fotografías del Museo de La Plata a fines del siglo XIX". Kelly, Tatiana e Irina Podgorny (eds.) *Los secretos de Barba Azul. Fantasías y realidades de los archivos del Museo de La Plata*, Rosario, Prohistoria ediciones, 69-104.
- Farro, Máximo (2013). "Las lenguas indígenas como objeto de colección. Notas acerca de los trabajos lingüísticos de Samuel A. Lafone Quevedo a fines del siglo XIX". *Revista de Indias* 73, 258: 525-552.
- Farro, Máximo (2014). "Place names and indigenous languages. Samuel Alexander Lafone Quevedo and British Antiquarian Methods in Nineteenth-Century Argentina". Kohl, Phil, Irina Podgorny y Stephanie Gänger (eds). *Nature and Antiquities. The Making of Archaeology in the Americas*, Arizona, University of Arizona Press, 79-105.
- Gupta, Akhil y James Ferguson (1997). *Anthropological Locations: Boundaries and Grounds of a Field Science*, Berkeley, California University Press.
- Hoffmann, Christoph y Barbara Wittmann (2013). "Introduction: Knowledge in the Making: Drawing and Writing as Research Techniques". *Science in Context* 26: 203-213.
- Klein, Ursula (2001). "Paper Tools in Experimental Cultures". *Studies in History and Philosophy of Science* 32, 2: 265-302.
- Klein, Ursula (2003). *Experiments, Models, Paper Tools. Cultures of Organic Chemistry in the Nineteenth Century*, Stanford, Stanford University Press.
- Krajewski, Markus (2011). *Paper Machines. About Cards & Catalogs, 1548-1929*, Cambridge, Mass., MIT Press.
- Lafone Quevedo, Samuel A. (1896). "Los indios Matacos y su lengua. Por el P. Joaquín Remedi Ord. Seraf. Misionero Apostólico, con Vocabularios". *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* 17: 331-362.
- Latour, Bruno (1990). "Drawing Things Together". Lynch, Michael y Steve Woolgar (eds.) *Representation in Scientific Practice*, Cambridge, Mass., MIT Press, 19-68
- Lenoir, Timothy (1998). *Inscribing Science. Scientific Texts and the Materiality of Communication*, Stanford: Stanford University Press.
- Holmes, Frederic L., Jurgen Renn y Hans-Jörg Rheinberger (2003). *Reworking the Bench. Research Notebooks in the History of Science*, New York-Boston, Kluwer Academic Publishers.
- Maas, Harro (2011). "Sorting things out: the economist as an armchair observer". Daston, Lorraine y Elizabeth Lungbeck (eds). *Histories of Scientific Observation*, Chicago, University of Chicago Press, 206-229.
- Marcus, George E. y Michael Fischer (1986). *Anthropology as Cultural Critique: en Experimental Moment in the Human Sciences*, Chicago: University of Chicago Press.
- Museo Mitre (1909). *Catálogo razonado de la Sección Lenguas Americanas*, 3 tomos, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos.
- Rheinberger, Hans- Jörg (1997). *Toward a history of epistemic things. Synthesizing Proteins in the test tube*, Stanford, Stanford University Press.
- Sanjek, Roger (1990). *Fieldnotes: the Making of Anthropology*, Ithaca, New York, Cornell University Press.
- Secord, James (2004). "Knowledge in Transit". *Isis* 95, 4: 654-672.
- Shapin, Steven (1989). "The Invisible Technician". *American Scientist* 77: 554-563.

Stocking, George W. (1995). *After Tylor: British Social Anthropology, 1888-1951*, Madison, Wisconsin, The University of Wisconsin Press.

te Heesen, Anke (2005). "The Notebook: a paper technology". Latour, Bruno y Pedro Weibel (eds). *Making Things Public. Atmospheres of Democracy*, Cambridge-London, MIT Press-ZKM, 582-589.

Yale, Elizabeth (2011). "Marginalia, Commonplaces, and Correspondence: Scribal Exchange in Early Modern Science". *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences* 42: 193-202.